

# El valor de la experiencia

***North of the DMZ*, de Andrei Lankov**

*North of the DMZ*

ANDREI LANKOV

Jefferson, North Carolina, and London, Mc Farlan and Co., 2007; 346 páginas

ISBN: 978-0-7864-2839-7

[Edición Kindle]



Andrei Lankov es un reconocido académico ruso, experto internacional en historia y cultura coreanas. Nacido en la antigua Leningrado en 1963, se formó en la antigua Unión Soviética, especializándose en Corea; y posteriormente, impartió docencia en Seul (Kookmin University) y en Australia (Australian National University). Por lo tanto, es un experto que aporta tres percepciones: la que tenía cuando llegó a Corea del Norte en 1984, como ciudadano soviético; la que adquirió viviendo en Pyonyang; y la que añadió trabajando en el ámbito Asia-Pacífico. Todo ello sin dejar de ser un académico puramente ruso. Por lo tanto, Lankov vierte en sus obras sobre Corea una triple mirada de experto que complementa a la que aportan los autores del presente monográfico, entre los que se encuentran un búlgaro, un húngaro, una rusa y una serbia.

La estructura de la obra no parece, a priori, demasiado original. Se trata de una serie de pinceladas con las cuales el autor compone un enorme fresco sobre la sociedad, las élites gobernantes y el sistema político norcoreanos a la altura de 2007. Ya desde el prólogo Lankov busca valorizar el libro recordando que desde hacía unos quince años no se había publicado una obra de estas características puesta al día. Cita como referencia el libro de Helen-Louise Hunter, *Kim Il Song's North Korea*, que sin embargo fue, al menos, reimpresso en 1999. Por otra parte, sólo dos años después de aparecer *North of DMZ*, Barbara Demick publicaría su *Querido Líder. Vivir en Corea del Norte*, que se convirtió en uno de los pocos

libros sobre este asunto que el público español puede leer en su lengua desde 2011. Después vendrían los de John Everard (*Only Beautiful, Please: A British Diplomat in North Korea*, 2012), Victor Cha (*The Impossible State: North Korea, Past and Future*, 2013), Paul French (*North Korea. State of Paranoia*, 2014), John Sweeney (*North Korea Undercover*, 2014) y unos cuantos títulos más, hasta llegar al aclamado éxito de ventas de Suki Kim (*Without You There Is No Us*, 2015)

En realidad, la particular aportación de Lankov se advierte inmediatamente en el libro, y es su capacidad de comparar Corea del Norte con los desaparecidos regímenes comunistas en general, y la Unión Soviética en particular. Esto no supone que Lankov simpatice con la situación que vivió personalmente en ese país asiático. Es más, en ocasiones puede llegar a dar la sensación de que un punto de orgullo ruso le lleva a marcar distancias en las comparaciones entre ciertos aspectos de la vida en la Unión Soviética y los propios de Corea del Norte. Pero es un detalle totalmente secundario, que en todo caso refuerza si cabe la principal aportación del libro: Lankov nos descubre a cada paso que las estrafalarias directrices del régimen norcoreano no son, casi nunca, originales. Desde el obsesivo uso de pins con las efigies de los líderes o símbolos del régimen y sus organizaciones a otras formas de culto de la personalidad cotidianas, como la proliferación de retratos oficiales –por poner un par de ejemplos– todo ello se inspira en prácticas ya utilizadas ampliamente en la Unión Soviética, la República Popular China u otros regímenes del Bloque oriental. Sólo que, insiste una y otra vez Lankov, en Corea del Norte todo ello alcanza cotas de auténtica exageración desbordada. Así, ni siquiera en los tiempos más enloquecidos de culto a Mao, los chinos no fueron obligados a lucir su imagen de forma tan persistente y reglamentada como los norcoreanos. Por otra parte, en el pequeño país asiático el volumen de retratos públicos de los grandes Líderes de la familia Kim sobrepasa con mucho lo que se podía ver en URSS y China. Además, cada retrato se distribuye con un kit de mantenimiento y limpieza, y se designa un responsable de mantener la efigie en perfecto estado de revista. Control que, por cierto, ejecutan aleatoriamente grupos de supervisores. Incluso las unidades militares se llevan los retratos del Líder cuando parten para maniobras.

Otro paralelismo desmesurado: el embalsamamiento de los cadáveres de los grandes líderes desaparecidos. Comenzando con Lenin, tras su fallecimiento en 1924, los búlgaros hicieron lo mismo con Dimitrov en 1949. Stalin también fue embalsamado en 1953, al que siguieron Choibalsan en Mongolia, Gottwald en Checoslovaquia, Ho Chi Minh en Vietnam y Agostinho Neto en Angola. En 1994 le tocó el turno a Kim Il Sung, pero dado que por entonces ya había desaparecido la Unión Soviética, el servicio de mantenimiento de las momias no era gratuito para los regímenes hermanos, como hasta entonces. En consecuencia, el altamente especializado equipo ruso de embalsamadores, antes soviético, empezó a cobrar

crecidas tarifas, las mismas que pagaban los nuevos clientes: oligarcas y mafiosos rusos; así, la factura ascendió a unos 800.000 de dólares anuales. Un dinero que Pyongyang pagó mientras el país estaba en vísperas de la mayor hambruna de su historia.

Esto no son sino algunos ejemplos de los muchos otros que relata Lankov. Pero la segunda aportación es incluso más interesante, aunque no está explicitada, sólo sobre entendida. Ya en la introducción, el autor nos aclara que su libro versa sobre “el mundo que los norcoreanos han creado y en el cual deben vivir”. Y la cuestión es, entonces, ¿cómo es posible que en el norte del país la sociedad coreana colabore con este estado de cosas? Porque no todo es atribuible a la coerción. Ese mundo es el de un país pequeño y pobre, regido por una férrea dictadura: pero no es un mundo de máquinas, ni de sonrientes trabajadores, felices muchachas campesinas y niños alegres; aunque constantemente influenciados por los políticos, su vida contiene mucho más que política.

Lankov ofrece claves no explícitas pero suficientemente esclarecedoras en sí mismas. Por ejemplo, la práctica intensiva de la autocrítica semanal parecía haber sido asumida con satisfacción por la población. El soldado debe confesar que no limpió convenientemente el fusil; el ama de casa, que no barrió el rellano de la escalera o la parte alícuota de la acera con la debida dedicación; el estudiante, que no hizo adecuadamente los deberes. Pues bien, incluso un desertor de Corea del Norte admitía que el sistema de la autocrítica pública había contribuido a la estabilidad política en el país; o que aportaba gran cohesión social (posición 502). El mismo Lankov completaba la respuesta explicando que al asumir faltas menores prevenía que los individuos tuvieran la tentación de implicarse en algo más serio, lo que fomentaba la obediencia y docilidad de la sociedad.

Sin embargo, esos mecanismos sólo funcionan realmente bien cuando incluyen, de una forma u otra, rasgos profundos de la cultura tradicional del país. En tal sentido, el confucianismo, procedente de China, ocupa un lugar básico en el desarrollo social y político de Corea desde finales del siglo XIV, fomentado por la dinastía Choson. Las decisivas reformas impulsadas desde el poder que supusieron profundas reformas en la economía agrícola, la tecnología y la educación –incluyendo la introducción del alfabeto hangul– estuvieron impregnadas de neoconfucianismo. En realidad, los coreanos incluso llegan a asumir que son los verdaderos depositarios del confucianismo, especialmente durante el siglo XVIII, cuando los manchúes se hacen con el control de China. Mientras tanto, Los coreanos seguirán usando el calendario Ming, y vestirán según la moda Ming, no la de los manchúes de la dinastía Qing. Esa situación reforzará el sentimiento de

que Corea es el último bastión del neoconfucianismo, y éste termina de enraizarse en su identidad nacional.

En la actualidad, en Corea del Sur se discute qué lugar le cabe al confucianismo en la vida cotidiana de la población<sup>1</sup>. Pero en el Norte, y a tenor de la sagaz descripción de la estructura social implantada por el régimen de Pyongyang (Cuarta Parte: “The Workers’ Paradise? The Social Structure of the DPRK”) y de las peculiares relaciones jerárquicas imperantes, casi pudiera decirse que a partir de los modelos marxistas leninistas previamente desarrollados en los estados de corte soviético, en Corea del Norte se ha terminado por imponer una especie de marxismo-confucianismo<sup>2</sup>.

La articulación de la sociedad norcoreana en una estructura de estratos (el denominado *sŏngbun*) que comenzó a edificarse a comienzos de los años 50 -los mismos orígenes del régimen- supone la instauración de una pirámide jerárquica a partir de la división de la sociedad en 51 grupos distribuidos en tres grandes categorías: los “buenos ciudadanos” (12 grupos), los “neutrales” (9 grupos) y los “malos” o “potencialmente hostiles” (con 10 grupos principales). Figurar en uno u otro grupo supone deberes y derechos y privilegios diferentes, incluso entre los diferentes subgrupos existentes. Puede suponer que el individuo tenga vedado su acceso a los centros de enseñanza más prestigiosos o afectar sus perspectivas matrimoniales. De otra parte, la pertenencia a cualquiera de los estratos viene determinada, en muchos casos, por nacimiento. Tal es el caso, por ejemplo, de familiares de coreanos del Norte que escaparon al Sur durante la guerra: o descendientes de propietarios agrícolas de más de 5 hectáreas de tierra.

En la actualidad, advierte Lankov, el *sŏngbun* ha comenzado a deteriorarse, víctima de las duras condiciones económicas por las que ha pasado la población en los últimos años. Pero es importante considerar que el sistema se impuso y perduró durante más de medio siglo, es decir, casi dos generaciones. Lo cual explica que la persistencia del régimen no se debió a la pura y simple represión, o a la voluntad de los Líderes, sino también a la creación de una gran red social clientelar.

Precisamente por ello, en Corea del Norte los privilegios se hicieron hereditarios muy pronto y se extendieron por toda la elite gobernante, no sólo a la descendencia de Kim Il Sung (posición 961). Entre aquellos, los círculos más encumbrados se agruparon en dos grandes castas: la “gente de la Montaña Paektu”

---

<sup>1</sup> “Does Confucianism have a role in Korea Today?”, in: *The Korea Herald*, 13 February, 2012. Consultable en red.

<sup>2</sup> Vid.: un amplio estudio al respecto en: Jiyoung Song, *Human Rights Discourse in North Korea: Post-Colonial, Marxist and Confucian Perspectives*, Routledge, New York, 2011

(familias de los primeros guerrilleros que supuestamente combatieron con Kim Il Sung en los años 30) y la “gente del río Naktong” o familiares de los oficiales más prominentes durante el periodo de la guerra civil (1950-1953). El sistema de castas y privilegios está tan fundamentado que, siempre según Lankov, el fin del actual régimen en Corea del Norte no supondrá grandes oportunidades de movilidad social para los plebeyos (posición 983).

Partiendo siempre de la comparación con otros regímenes de tipo soviético, el autor ofrece toda una serie de indicios que vuelven una y otra vez sobre la fundamentación cultural, y más concretamente confuciana –en un sentido muy conservador- de la excepcionalidad norcoreana. Por ejemplo, en el muy escaso papel que ha tenido la mujer en la política y la administración norcoreanas. O en la muy elaboradas formas de respeto y subordinación –incluso moral-que exigen los líderes norcoreanos a la población, algo que va más allá del culto a la personalidad que Lankov conoce, por su propia experiencia como antiguo ciudadano soviético (Primera parte: “Leaders Dear and Great...”).

En cualquier caso, el autor no busca explicitar ese debate, sino sólo marcar la diferencia entre el perfil de los desaparecidos regímenes soviéticos y el uso que ha hecho Pyongyang de esa herencia. Sin embargo, y a pesar de que *North of DMZ* es en sí mismo una mina de información muy diversa para los historiadores –que además se revalorizará conforme pasen los años y se haga más evidente la utilidad de las comparaciones que aporta Lankov- en epílogo vuelve a surgir la cuestión crucial.

A mediados de los años 90 del siglo pasado, la mayoría de los expertos predecían el inminente colapso del régimen norcoreano. Tres lustros más tarde, en 2007, el autor se preguntaba qué había posibilitado la supervivencia. La razón principal es: indiferencia de los líderes y las elites dirigentes hacia el destino de la población. Y esa indiferencia, nos dice Lankov, procede de que se consideran profundamente diferentes, básicamente superiores. Hasta tal punto que el hundimiento del régimen difícilmente llevaría a la reconversión de los *apparatchiks* en capitalistas, como sucedió en otros regímenes postsoviéticos. Eso lo saben sus vecinos, intuyen la catástrofe humanitaria que supondría el brusco desmoronamiento de las fronteras de hormigón; de ahí que en el “pragmático cinismo del sistema mundial posterior a la Guerra Fría” (sic) Lankov sospecha que incluso Corea del Sur trabaja activamente en evitar algo que se pudiera asemejar a la reunificación de las dos Alemanias en 1991. Al menos, de una forma tan precipitada. Hay que dar tiempo a la disolución de la estructura socio-política creada en Corea del Norte a lo largo de medio siglo.